

Desigualdad social y espacio urbano. Reflexiones sobre naturalización, legitimación y reproducción de las desigualdades en el espacio urbano.

Segura, Ramiro.

Cita:

Segura, Ramiro (2014). *Desigualdad social y espacio urbano. Reflexiones sobre naturalización, legitimación y reproducción de las desigualdades en el espacio urbano. XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-081/623>



XI Congreso Argentino de Antropología Social

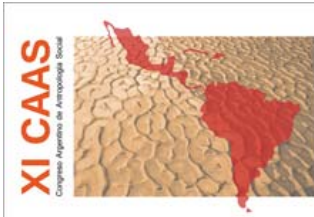
Rosario, 23 al 26 de Julio de 2014

GRUPO DE TRABAJO: GT30-Antropología de las desigualdades sociales

TÍTULO DE TRABAJO: Desigualdad social y espacio urbano. Reflexiones sobre naturalización, legitimación y reproducción de las desigualdades en el espacio urbano

1

Dr. Ramiro Segura. CONICET, IDAES/UNSAM, UNLP

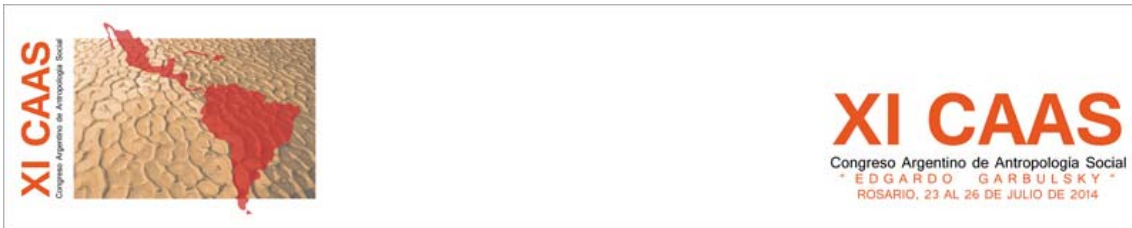


Introducción

Este artículo interroga las relaciones entre espacio urbano y legitimación de la desigualdad socio-espacial en la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA) en la Argentina “pos-neoliberal”, con una doble finalidad: sustantiva y analítica-conceptual. Mientras el objetivo sustantivo consiste en avanzar en la comprensión de los fenómenos de desigualdad socio-espacial en la Argentina contemporánea, el objetivo analítico-conceptual busca problematizar y repensar las relaciones entre espacio urbano y desigualdad.

La producción académica muestra cierta discontinuidad en el lugar que ocupan los “barrios populares” en la agenda de investigación entre la larga década neoliberal (1989-2003) y la década kirchnerista (2003-2013). En un contexto de creciente incremento de la desigualdad de ingresos y de la pobreza¹, las investigaciones sobre desigualdad y espacio urbano en Argentina durante la década de 1990 asociaron el neoliberalismo tanto con los procesos de fragmentación socio-espacial condensados en la imagen de la fractura entre *countries* y villas, como con el emergente mundo comunitario de los pobres urbanos sintetizado en “el pasaje de la fábrica al barrio” (Svampa, 2005: 160). Las primeras remarcaron el impacto de la expansión de nuevas formas urbanas como autopistas, complejos habitacionales vigilados para clases medias y altas en la periferia, proliferación de hipermercados y centros de entretenimiento, suburbanización de la producción industrial y creciente aislamiento de los barrios de la clase baja en la dinámica metropolitana. Se señaló en consecuencia el reemplazo del tradicional patrón de segregación residencial a gran escala (centro y periferia) por una fragmentación urbana que permite que coexistan a escalas reducidas segmentos sociales heterogéneos y desiguales (Prévot-Schapira, 2001), pero separados por barreras físicas y sistemas de control (Janoschka, 2002; Thuillier, 2005). Las segundas señalaron que frente a la pérdida de centralidad de la actividad laboral, la

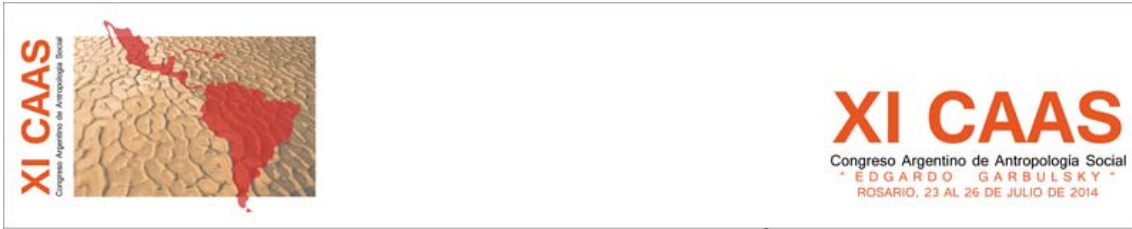
¹ Entre 1980 y 2000 en la RMBA el índice de Gini pasó de 0,411 a 0,500 -llegando a 0,540 durante la crisis iniciada en 2001- y la pobreza se incrementó durante el mismo período del 5% al 28,9%, alcanzando el techo histórico de 51,7% en los años 2002/2003 (Portes y Roberts, 2005: 48-50).



vida social de los sectores populares tendió a quedar circunscripta a los límites del barrio y de las organizaciones locales que allí operaban. “Inscripción territorial” (Merklen, 2005) de los pobres urbanos que, frente al proceso de desafiliación y empobrecimiento, consolidó al barrio como lugar tanto de repliegue como de inscripción colectiva. Este proceso de “territorialización de los sectores populares” (Svampa, 2005) se relacionó también con una correlativa transformación de las políticas públicas. La adopción de políticas sociales focalizadas hicieron de la participación y la auto-organización de los más pobres un objetivo explícito, dando lugar a la formación o el fortalecimiento de innumerables organizaciones comunitarias (Bonaldi y del Cueto, 2009).

Si la conjunción entre neoliberalismo, fragmentación urbana y territorialización de los sectores populares fue durante considerable tiempo un diagnóstico compartido, el proceso social y político que se inicia en el año 2003 carece de un consenso equivalente. Las transformaciones sociales vinculadas con el incremento del empleo, la recuperación de los índices productivos y la implementación de nuevas políticas sociales supuso la pérdida de centralidad de los “barrios populares” como locus donde cifrar el destino de una sociedad. Asimismo, existe disenso a la hora de ponderar la profundidad y el impacto de estas transformaciones sociales.

Respecto a este debate podemos desechar las dos posturas más habituales: aquella que enfatiza la profunda discontinuidad propia de una ruptura tajante, así como aquella otra que no ve más que la continuidad inercial del neoliberalismo bajo otros ropajes. La fragmentaria evidencia disponible sugiere, en cambio, posiciones matizadas ante un escenario paradójico. Mientras en consonancia con muchos otros países de la región (López-Calva y Lustig, 2011) se evidenció una reducción moderada de la desigualdad de ingresos que en áreas urbanas pasó de 0,519 en 2002 a 0,487 en 2007 (Gasparini y Cruces, 2011) y una sensible reducción de la desocupación, la pobreza y la indigencia (Ciccolella y Baer, 2011), persistió el proceso de urbanización excluyente previo (Fernández Wagner, 2008), legible en el agravamiento del problema de la vivienda y el

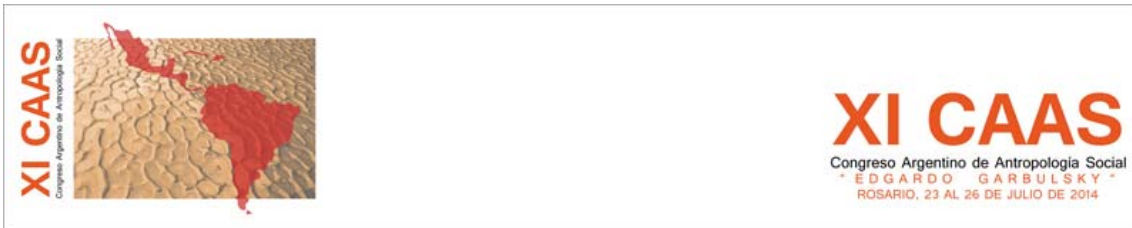


incremento de la segregación espacial (PNUD, 2009),² dimensiones que limitan el impacto de las políticas distributivas a mediano plazo (Groisman, 2008; Segura, 2014). Por esto, la ecuación en torno a la desigualdad y el espacio urbano no resulta sencilla. La reducción (moderada) de la desigualdad en el ingreso, la continuidad (desacelerada) en el patrón de urbanización fragmentado y la profundización (significativa) del problema de la vivienda y la segregación nos colocan ante un escenario complejo y paradójico, donde las desigualdades de ingreso pueden reducirse y a la vez persistir e incluso profundizarse otras desigualdades. “Pos-neoliberal” remite aquí menos a una etapa con características distintivas que a un diacrítico temporal que requiere caracterización.

La pregunta –y la apuesta– de este artículo consiste en comprender la experiencia cotidiana de residentes de un barrio popular de la RMBA teniendo como hipótesis que la misma no puede ser completamente explicada con los conceptos surgidos a la luz de la experiencia neoliberal así como tampoco es posible diluir la especificidad de esta experiencia, perdiendo sus contornos específicos, en una celebración de la reducción de la desigualdad de ingresos, más aún cuando existe cierta evidencia incipiente de los límites que la configuración y la dinámica socio-espacial de la RMBA impone a la política distributiva (Groisman, 2008; PNUD, 2009; Ciccolella y Baer, 2011; Segura, 2014).

Desigualdad y espacio urbano se relacionan de modo complejo. Por un lado, es indudable que las desigualdades sociales se objetivan en el acceso desigual a la ciudad entendida de modo amplio: lugar de residencia, vivienda, infraestructura y servicios urbanos, acceso al espacio público, entre otras facetas de la vida urbana. Por el otro, y de manera menos evidente, la forma en que los distintos sectores sociales experimentan cotidianamente la ciudad –la carga simbólica del lugar donde residen, el acceso desigual al espacio urbano, los tiempos y los medios para desplazarse, la forma

² La población residente en villas y asentamientos se incrementó del 3,9% en 2001 al 4,3% en 2006 en la CABA y del 6,9% en 2001 a 10,1% en 2006 en Conurbano Bonaerense, lo que en términos absolutos representa pasar de 700000 habitantes a más de 1000000 de habitantes viviendo en villas y asentamientos (Cravino, Duarte y del Río, 2008).



de tramitar los encuentros y las interacciones en el espacio público- constituye un proceso que les posibilita aprehender la posición que ellos y los demás grupos sociales ocupan en el espacio social y urbano, abriendo la posibilidad de analizar los mecanismos de legitimación (y cuestionamiento) de las desigualdades en la ciudad.

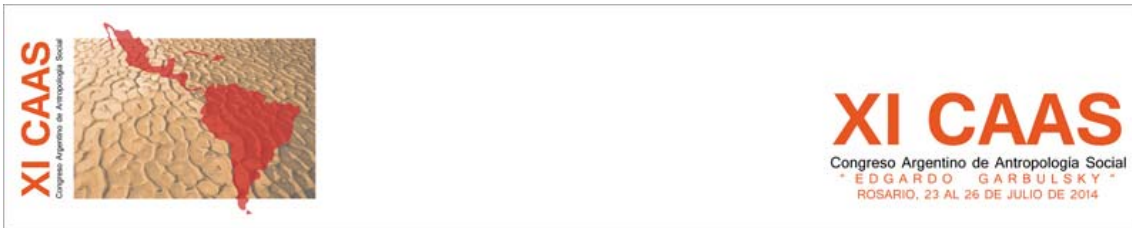
El desafío interpretativo consiste, entonces, en ir más allá de la constatación de la relación existente en determinado momento entre la estructura espacial de la distribución de agentes y la estructura espacial de la distribución de bienes, servicios y oportunidades. Ante un escenario de acceso desigual a la ciudad emergen las preguntas acerca de la “sociabilidad” y la “dimensión simbólica” (Saraví, 2008) de las desigualdades en el espacio urbano: las clasificaciones sociales que regulan las prácticas espaciales y las interacciones sociales en la ciudad, situaciones en las cuales se legitiman (y, eventualmente, también se cuestionan) las desigualdades socio-espaciales en la ciudad.

Para esto el artículo se compone de tres secciones principales. En la primera sección se describe la RMBA, se sitúa el campo de la investigación y se brinda información sobre el trabajo etnográfico. En la segunda sección se abordan las clasificaciones socio-espaciales y su rol en los procesos de legitimación de la desigualdad. Y en la tercera sección se analiza la estigmatización territorial en un contexto de creciente movilidad cotidiana por parte de los sectores populares, vinculada con la reactivación económica. Por último, el artículo cierra con una breves reflexiones sobre las relaciones entre espacio urbano, poder y legitimación de las desigualdades.

Situando el campo: la periferia de La Plata

La RMBA constituye un espacio socio-territorial complejo, donde habita un tercio de la población del país (alrededor de 14000000 de habitantes) y convergen diversas problemáticas sociales, económicas, ambientales, políticas y urbanas. Dos sistemas espaciales sobrepuestos estructuran a gran escala el espacio metropolitano: un sistema de anillos concéntricos y el eje cardinal norte-sur (Grimson, 2009).

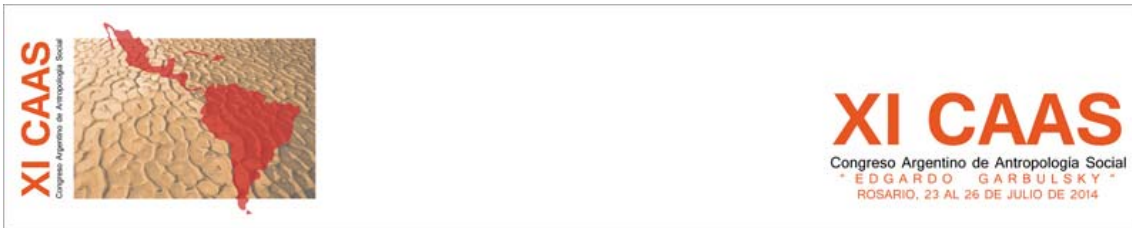
En términos de anillos (también llamados cordones o coronas) la RMBA incluye las siguientes jurisdicciones: a) Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), con una



población de 3100000 de habitantes; b) Gran Buenos Aires (1ª y 2ª corona del conurbano), conformada por 27 partidos y una población que ronda los 9000000 de habitantes; y c) el resto de la RMBA o “3ª corona”, compuesta por 15 partidos y una población que ronda los 3700000 habitantes (Ciccolella, 2011). En este sistema de anillos, las condiciones socioeconómicas decrecen a medida que nos alejamos de la CABA, presentado en promedio el primer anillo peores condiciones que la CABA y el segundo anillo peores condiciones que el primero. La excepción a este degradé continuo corresponde al tercer anillo, que en las últimas dos décadas fue el escenario privilegiado de la expansión de las urbanizaciones privadas de clases altas sobre suelos de bajo costo, dando lugar a la coexistencia de fuertes contrastes sociales.

Sobre este sistema de anillos concéntricos se sobreimprime el eje cardinal norte-sur, contraponiendo también a gran escala el sur tradicional y pobre con el norte modernizado y próspero, el Río de la Plata al este y una situación intermedia y heterogénea al oeste. Se trata de tres brazos de urbanización (norte, oeste y sur) organizados inicialmente a finales del siglo XIX por el ferrocarril, con una gradación en la capacidad económica de norte a sur que a grandes rasgos persiste hasta hoy y que ayuda a explicar la existencia de un “corredor norte” de más de treinta kilómetros que une el norte de la CABA con las urbanizaciones privadas del norte del tercer anillo metropolitano.

A una escala de observación más reducida, sin embargo, es posible entender estos brazos como una estructura piramidal policéntrica, con centros suburbanos conectados funcional y simbólicamente con la CABA, en torno de cada uno de los cuales se desarrollan anillos subperiféricos, que van disminuyendo la capacidad socioeconómica a medida que se alejan de cada subcentro (Gorelik, 2011). De esta manera, en cada uno de los partidos que conforman la RMBA se evidencia una estructura socio-espacial que opone centros y periferias, en la cual se replica a una escala menor la imagen de anillos concéntricos donde las condiciones socio-económicas desmejoran a medida que nos alejamos del centro.

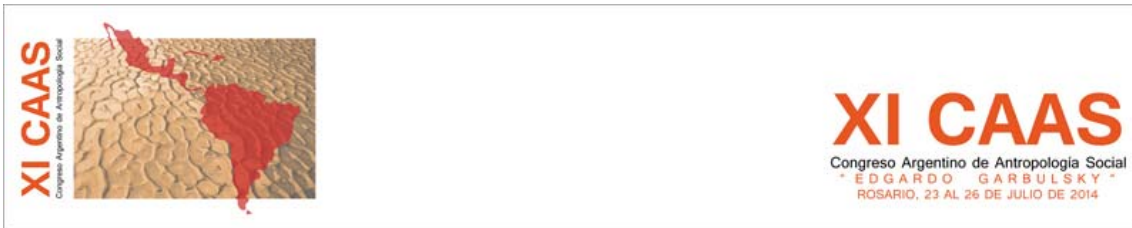


En América Latina el contraste entre áreas planificadas y no planificadas ha dividido el modo en que la ciudad ha sido vivida y concebida. Por mucho tiempo solo las áreas centrales, planificadas por el poder económico y político, han sido consideradas “la ciudad”. Este clivaje es particularmente relevante en el imaginario urbano y en la vida cotidiana de La Plata, ciudad diseñada a fines del siglo XIX como nueva capital de la provincia de Buenos Aires, localizada a 56 km al sudeste de la CABA, dentro del tercer cordón de la RMBA. La ciudad fue pensada como una obra cerrada: debía ponerse un límite a la cuadrícula, recortar la ciudad de la no ciudad, separar la cultura de la naturaleza, la civilización de la barbarie. Esta función se le asignó en el plano fundacional a la Avenida de Circunvalación, una estructura vehicular de doble mano -verdadera muralla horizontal perforada- de cien metros de ancho y veinte kilómetros de longitud que delimita el damero urbano, permite circular en torno al mismo y tiene puntos de comunicación con el exterior (Garnier, 1992; Barros, 2005).

La historia urbana de la ciudad de La Plata se condensa en la imagen de una constante tensión entre el plano ideal, estático y sincrónico del diseño fundacional y el proceso real, dinámico y diacrónico de conformación de la ciudad (Segura, 2009a). De hecho, a la vez que la ciudad real se “deformaba” por la creciente suburbanización periférica y la progresiva conurbación con Buenos Aires, se reforzaron los límites del trazado fundacional, recortando como “la ciudad” el espacio que correspondía al trazado fundacional. Por esto, actualmente es posible identificar dos espacios urbanos contrastantes, separados por la ancha avenida de circunvalación. El contraste no es únicamente poblacional –menos de 200000 habitantes en el trazado fundacional, más de 400000 en la periferia- sino también urbanístico, administrativo y socio-económico.

La investigación se realizó en un sector de la periferia conocido actualmente con Centro Comunal Altos de San Lorenzo, emplazado al sudeste del casco fundacional de La Plata, con una población estimada en 40000 habitantes.³ Se trata del sector de la

³ El trabajo de campo etnográfico se desarrolló durante los años 2007 y 2010 con el objetivo de realizar un análisis socio-antropológico de los procesos de segregación socio-espacial, sensible a las prácticas y los sentidos de los habitantes de la periferia. Durante la investigación se mantuvo una presencia sistemática en el espacio barrial, realizando observación participante tanto de la dinámica cotidiana de la



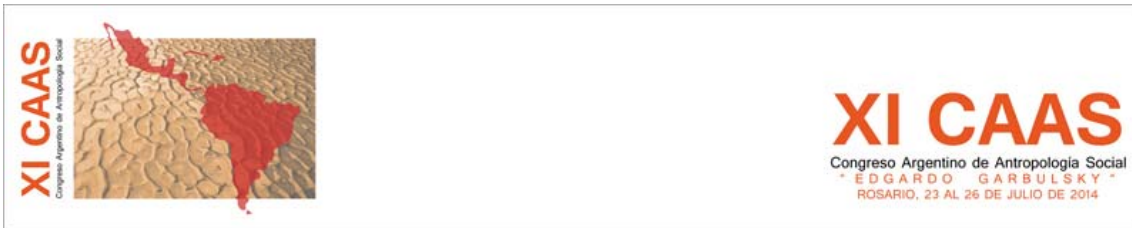
periferia urbana consolidado de manera más tardía y se localiza en el extremo opuesto al sector con mayor desarrollo de la ciudad, representado por el eje Buenos Aires-La Plata, donde hay enclaves de clases medias y medias altas. Su posición singular con respecto a la ciudad hace que se encuentre a un “costado” y “marginado” de las mayores inversiones urbanas y de las principales vías de comunicación.

Contra lo que habitualmente se supone, no se trata de un espacio homogéneo; es un espacio heterogéneo, en el que las condiciones económicas, habitacionales y urbanas desmejoran a medida que uno se aleja de la avenida 72 (denominación que adquiere en ese tramo la avenida de Circunvalación) hacia el espacio rural. En su configuración socio-espacial actual es posible identificar tres sectores bien diferenciados. El sector 1, en el que se verifica la mayor ocupación de las parcelas, conformadas por un tejido compacto y homogéneo, que comprende una franja que va desde la avenida 72 hasta la calle 80 aproximadamente. Se trata de los primeros espacios ocupados de la zona a partir de los años 1940 y 1950, donde se localizan habitantes de clase media-baja y se concentran los comercios y las principales instituciones públicas (escuela, centros de salud y delegación municipal) y barriales (clubes y sociedades de fomento). Por su parte, el sector 2 presenta un tejido residencial más abierto, con grandes vacíos urbanos que interrumpen la trama y asentamientos precarios. Este sector comenzó a poblarse a mediados de la década del noventa, comprende el espacio delimitado entre la calle 80 y la avenida 90 y se encuentra aún en expansión, con la creación continua de nuevos asentamientos. Por último, el tercer sector puede caracterizarse como rural, ámbito sobre el cual presionan nuevas ocupaciones y usos de la tierra.

Clasificaciones socio-espaciales y legitimación de desigualdades

La investigación sobre los modos de clasificar el mundo tiene una larga tradición en las ciencias sociales. En diversos contextos socio-culturales se ha registrado cierta

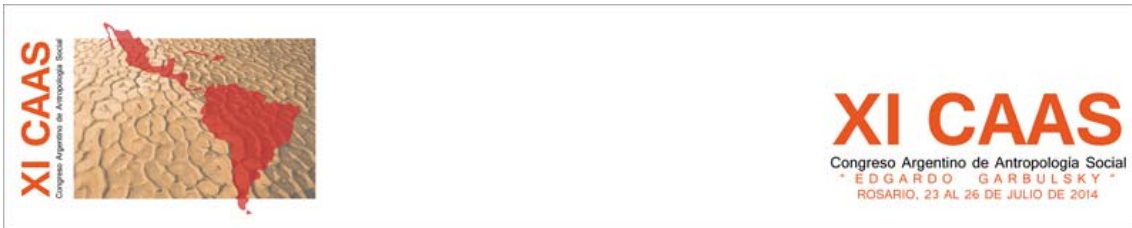
periferia como de distintos espacios de interacción barrial específicos como comedores, asambleas, talleres, manifestaciones políticas, instituciones de salud y educación, entre otros. Este trabajo de observación participante se complementó con la realización de cuarenta entrevistas en profundidad a diversos actores sociales de la periferia, teniendo en cuenta lugar y tiempo de residencia en el espacio barrial, roles en la trama social barrial, género y edad.



imbricación y superposición entre categorías espaciales y grupos sociales: “los de arriba” y “los de abajo”, quienes viven en “el centro” y aquellos que residen en “los barrios” o en “la periferia”, del norte y del sur o del este y del oeste, de acá y de allá, de la ciudad y del campo (o del pueblo), de la costa y de la sierra, entre muchas otras posibles versiones de la lógica clasificatoria humana.

Nuestra hipótesis es que, independientemente de la escala en que operen, las categorías socio-espaciales remiten no sólo a cuestiones físicas, geográficas o territoriales sino también (y fundamentalmente) a distinciones y relaciones sociales entre actores y grupos que comparten, modelan, disputan y/o legitiman espacios físicos y sociales. Vivir en “el barro” o en “el asfalto”, residir en un “barrio”, una “villa” o un “asentamiento”, “atrás de la vía” o “del otro lado” de la avenida, tener o no cloacas y agua potable, “estar colgados” a servicios como la luz o el cable, estar “cerca” o “lejos” de la escuela o el hospital, entre otros señalamientos habituales en la vida cotidiana en la ciudad, muestran que la posición en el espacio urbano, la presencia o ausencia de una determinada infraestructura y los modos de acceder a las mismas, funcionan como diacríticos que los actores sociales movilizan para pensarse a sí mismos y a los demás, tanto en lo relativo a la clasificación –y calificación- de las formas de vida y residencia como en lo que respecta a los lugares que cada uno ocupa en el espacio urbano y social.

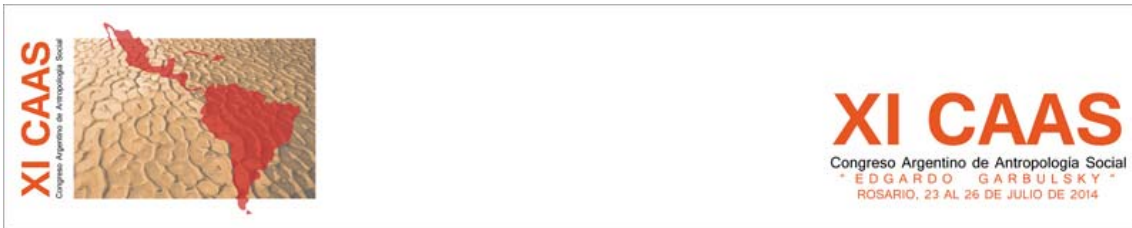
Sin asumir la “tesis del espejo” que supone una correlación mecánica y refleja entre espacio y sociedad, Pierre Bourdieu (2002) propuso que el espacio físico (espacio social objetivado) y el espacio social se relacionan de manera “turbia”. En términos de Löic Wacquant (2013) se trata de una cadena de doble causalidad entre distintos niveles: el espacio social se objetiva en el ambiente construido -mantenido y reproducido por las prácticas de estratificación y clasificación estatal que organizan las jerarquías urbanas- y el espacio físico se incorpora en categorías cognitivas y afectivas que sirven para leer el espacio social y organizan las prácticas cotidianas de los agentes sociales.



En el caso estudiado, el proceso de urbanización y las jerarquías urbanas resultantes se expresan en un “eje metafórico” (Silva, 2000) que contrapone “el adentro” y “el afuera” de la ciudad. Esta distinción es reproducida cotidianamente por las políticas urbanas, la publicidad oficial y las tradiciones culturales para las cuales el trazado fundacional opera metonímicamente como “la ciudad”. De modo irónico y crítico, refiriéndose a un programa municipal de recolección de residuos y educación ambiental denominado “Ciudad Limpia”, Julio, un hombre de unos 50 años que desde que nació vive en el sector 1, señalaba: “dentro del casco es una cosa y fuera del casco es otra. Andá a 10 y 90, fijate los basurales que hay. Eso es todo contaminación. ¡Hay ratas, hay mugre! ¿Qué ciudad limpia? 72, 31, 32 y 1 [señala los límites del cuadrado fundacional] es ciudad limpia, lo otro no es ciudad limpia”.

En efecto, la contraposición entre adentro-afuera está presente en la mayoría de los residentes de la periferia quienes, independientemente del sector de la periferia donde residen, viven afuera de la ciudad. Alberto (42 años, sector 1), contrasta la ciudad y el barrio: mientras La Plata le parece “una ciudad preciosa, inigualable”, el barrio se caracteriza por “los cordones de pobreza que están de la 72 para este lado, que es la frontera”. Aurora (65 años, sector 2) coincide en que la ciudad “está dividida, el centro es una cosa y el barrio es otra”, y Carlos (60 años, sector 2) remarca la necesidad de “abrir la ciudad” porque “adentro” hay “de todo, facultades, catedral, municipalidad, casa de gobierno, legislatura, el bosque”, en cambio “afuera no hicieron nada, no hay edificios, colegios, hospitales”.

De esta manera, las posiciones y distancias sociales objetivadas en el espacio físico tienden a reproducirse en el lenguaje y en las prácticas como principios de visión y división del espacio, en definitiva, como categorías de percepción y clasificación de objetos, lugares y personas. Sin embargo, estas categorías no necesariamente legitiman las desigualdades en el acceso a la ciudad. En ciertos testimonios, como los ya referidos de Carlos y Julio, se desprende un posicionamiento crítico o, al menos, cierta indignación ante el estado de cosas. Del mismo modo, la invisibilidad de la periferia y la inaccesibilidad a servicios e infraestructura urbana *naturalmente presentes*

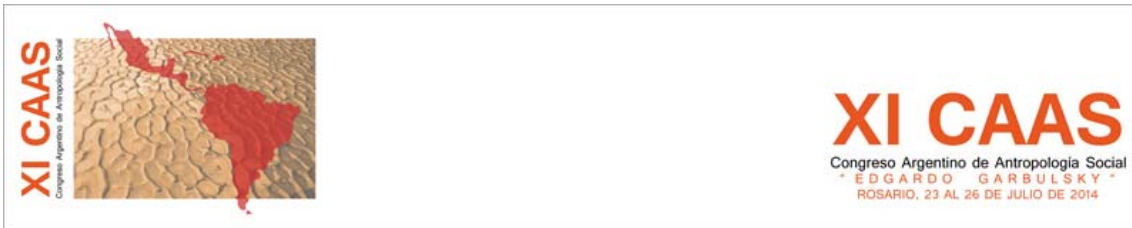


en “la ciudad” es remarcada por Víctor, migrante peruano que reside en el sector 2, al sostener que La Plata tiene problemas vehiculares, habitacionales, de seguridad y de salud en la periferia y sin embargo “te parás en el centro y es como que eso no ocurriera, todo el mundo está feliz y contento, eso no ocurre, no existe”.

Debemos introducir, entonces, la distinción propuesta por Lamont y Molnár (2002) entre límites sociales y límites simbólicos, así como las cambiantes alternativas de articulación entre ambos. Mientras los límites sociales constituyen formas objetivadas de diferencias sociales manifiestas en el acceso y distribución desigual de recursos y oportunidades, los límites simbólicos son distinciones conceptuales realizadas por los actores para conceptualizar objetos, personas, prácticas e incluso el tiempo y el espacio. Se trata de herramientas a través de las cuales los actores y grupos luchan sobre -y crean acuerdos acerca de- las definiciones de la realidad, se establecen pertenencias y exclusiones, se adquiere y otorga estatus y/o se acaparan recursos. Las relaciones entre ambos límites son complejas y cambiantes. Los límites simbólicos pueden ser utilizados tanto para mantener, normalizar o racionalizar de límites sociales, así como también para cuestionarlos.

11

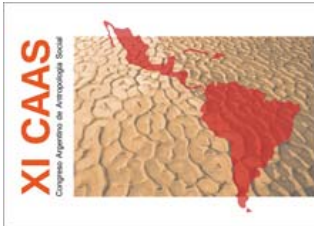
Adentro y afuera, entonces, son categorías sociales que remiten a la incorporación de los límites sociales que distribuyen (desigualmente) bienes, servicios y oportunidades en la ciudad. Esta contraposición constituye un marco compartido por la mayoría de los habitantes para leer su posición y la de los demás en el espacio urbano y social. Al mismo tiempo, los sentidos que se atribuyen a ambas categorías y a sus relaciones no son estables ni unívocos. Además, la dinámica de clasificaciones y calificaciones no se reduce a la contraposición entre ciudad y periferia urbana. Como mostramos en otro trabajo (Segura, 2011), la periferia sólo es una en relación a “la ciudad”: es en este marco relacional específico caracterizado por la dicotomía ciudad-periferia donde la periferia aparece, para sus pobladores, como un territorio desfavorecido y desatendido por los agentes políticos. Sin embargo, de manera simultánea, en la cotidianeidad de la vida social periférica emergen otras distinciones también ancladas en el espacio construido y el consecuente despliegue de legitimación de desigualdades.



La complejidad resultante a una escala reducida, producto del intrincado proceso de fragmentación socio-espacial de las últimas décadas, se aleja de visiones duales. Como señaló Prévot Schapira para la RMBA:

“A la primera separación entre propietarios y no propietarios, que hace renacer el viejo temor por los villeros, se superponen múltiples fronteras en espacios considerados a menudo como homogéneos. Diferencias sutiles en el aspecto del barrio, las casas y el acceso a los servicios, son presentadas por los habitantes como signos de pertenencia o exclusión (...) Estas múltiples fronteras que atraviesan los espacios de la periferia y separan a los pobres de los menos pobres, a los villeros de los habitantes de los asentamientos, a los propietarios de los no propietarios, dando lugar a estrategias de esquivamiento, formas de territorialidad exacerbada y de identidad restringida” (2001: 50).

La percepción de los residentes en el sector 1 es que la zona se transformó radicalmente con el establecimiento de los asentamientos a partir de la década de 1990. “El problema cambió -dice Adolfo, de 50 años- con los asentamientos que se han ido armando. Lo que vemos es cada vez más violencia y robos, acá me han entrado un par de veces, por eso debimos poner reja”. A diferencia del pasado, “lo que vemos - sostiene Gabriela, de 38 años- es mucha gente extranjera, está invadido por extranjeros; antes éramos todos argentinos y por ahí del interior de la provincia, pero ahora hay mucha gente extranjera”. En la misma dirección, Roberto, de 40 años, señala que “hace unos veinte años que el clima empezó a cambiar. La gente no encontró lugares más céntricos y empezó a asentarse”. Este proceso se manifiesta en cambios importantes en la sociabilidad barrial, como el desconocimiento y la desconfianza entre vecinos y el incremento de la inseguridad, que Roberto denomina “la era de las rejas”. Nos encontramos así ante la oposición entre “barrio” y “asentamiento”, que rápidamente remite a cuestiones económicas, de procedencia, de antigüedad en la residencia e, incluso, a diferencias conductuales y morales. Adolfo señala “acá estamos delimitados por zonas” y describe: “desde la 72 hasta la 80, 81 como máximo, y después de la 81 hasta 90. Aquellos [de 72 a 80] tienen más plata, estos [de 80 a 90] menos y los de allá al fondo no tienen nada, de la 90 para el fondo no hay nada de plata”. Para Adolfo las diferencias socioeconómicas y urbanas se corresponderían, por un lado, con los “rasgos físicos” predominantes en cada sector, con la presencia de los “descendientes de europeos” en el espacio delimitado por 72 a 80 y con personas “de Bolivia o de

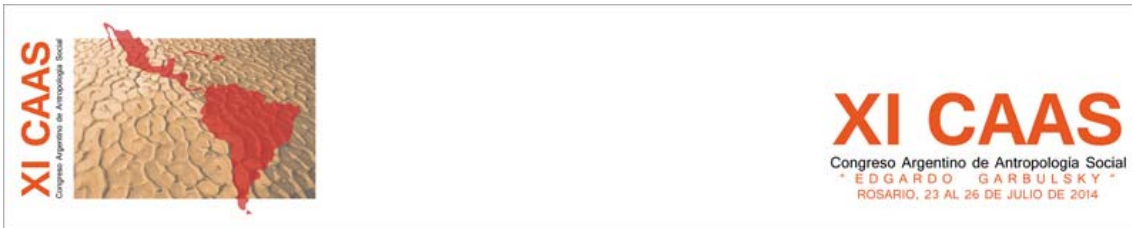


Perú” en el espacio que se extiende hacia 90, hacia quienes “hay un rechazo bastante generalizado”; y, por el otro, con las “conductas”, ya que las personas que “viven hacia la 90 son las que tienen todo ese problema de alcoholismo y violencia familiar”. “Son distintos los barrios”, sostiene Miguel en una dirección similar, donde las diferencias estarían marcadas por el “nivel de gente”, remarcando que de 80 a 90 viven “inmigrantes que vienen del conurbano, muchos peruanos, muchos paraguayos, no hay un 10% argentino” y se encuentran “los focos” de peligro, “un semillero de delincuentes”.

De esta manera, ciertos límites sociales vinculados con el acceso desigual al espacio urbano son reforzados por límites simbólicos, que asocian de manera estable ciertos espacios físicos con un conjunto de características sociales y morales que supuestamente tendrían aquellos que los habitan. La periferia se estructuraría en un degradé continuo, desde el límite exterior de la ciudad (la avenida 72) “hacia atrás”, hacia “el fondo” (la avenida 90). El espacio barrial es percibido por los residentes del sector 1 como un desmejoramiento continuo de las condiciones de vida desde 72 hacia 90, a la vez que dicho degradé se correlaciona con la clase (media-baja), la situación legal de los terrenos (propietario-usurpador), la procedencia (argentino-extranjero), el tiempo de residencia (antiguo-reciente), la relación con el trabajo (trabajo-plan/ayuda) y las conductas y moralidad de sus residentes⁴.

Esta configuración de sentido habilita a muchos residentes en el sector 1 a contraponer su experiencia de habitar la periferia –que caracterizan por los esfuerzos realizados para comprar un terreno, demandar y pagar por los servicios e infraestructura- con la experiencia de los residentes de los asentamientos quienes, según su perspectiva, llegaron hace poco, son extranjeros, no pagaron por los terrenos que “usurparon” ni por

⁴ No se trata, sin embargo, de sentidos fijos. Al contrario, nos encontramos con un conjunto de clasificaciones dicotómicas que son movilizadas por los actores sociales para caracterizar un mundo social no dicotómico. De hecho, es factible encontrar muchas de estas mismas oposiciones utilizadas con sentidos diversos por los residentes del sector 2. Al respecto Michael Herzfeld (1995) ha señalado la relevancia que tienen en la observación etnográfica las oposiciones binarias, las cuales no deberían ser ignoradas debido a que entran en contradicción con las predilecciones ideológicas y teóricas de los investigadores. Por el contrario, estas son un indicador confiable de modos específicos de leer la desigualdad e, incluso, de justificarla.



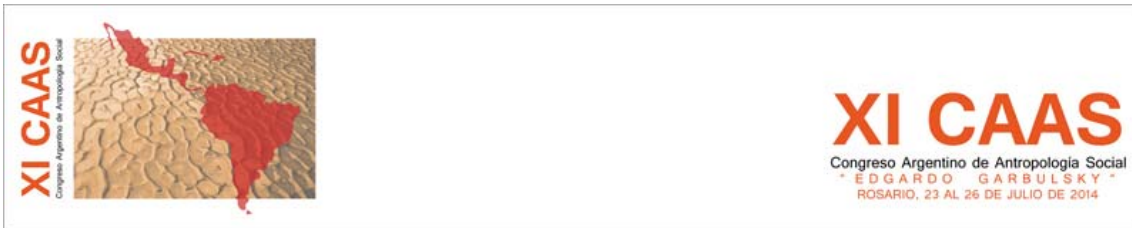
los servicios de los que “se cuelgan” y, como si fuera poco, el Estado les da planes de desempleo y ayuda social. Esto genera tanto la sensación de *injusticia* para con ellos que trabajan, pagan impuestos y son propietarios de los terrenos donde viven, como la tendencia a *legitimar las desigualdades* existentes entre ambos.

En este sentido, ante la demanda de cloacas por parte de habitantes de los asentamientos, Miguel señalaba “si no tenemos cloacas nosotros, de este lado, que pagamos impuestos, menos ellos, un asentamiento, tienen que esperar. Si nosotros acá estuvimos esperando 20 años, ellos tendrán que seguir esperando ¿viste?”. Del relato de Miguel se desprende la alusión a una “desigualdad justa” entre los residentes de los sectores 1 y 2, ponderable en los tiempos de espera (Auyero y Swistun, 2008) necesarios para acceder a la infraestructura urbana. Subyace, además, un proceso de construcción política de la antigüedad y el tiempo de residencia que, junto a la tenencia legal de los terrenos y el pago de impuestos- actúa como motivo legitimador de la desigualdad.

14 No se trata –al menos, no exclusivamente- de la correlación identificada por Elias y Scotson (2000) entre tiempo de residencia, cohesión social diferencial y consecuente exclusión de los “recién llegados”, sino de la apelación al tiempo y la antigüedad como criterio legitimador de las desigualdades: si bien no todos los residentes del sector 1 están hace 20 años en el barrio y muchos de los residentes del sector 2 llevan más de una década viviendo ahí, el relato contrapone pobladores de larga data con recién llegados, donde las propias condiciones de vida de la mayoría de los residentes del sector 2 y la continua aparición de nuevos asentamientos colaboran con esta idea de transitoriedad y novedad.

Estigmatización territorial: entre la interacción y el aislamiento

La existencia de límites no supone ausencia de interacciones, así como tampoco atravesar un límite equivale a abolirlo (Barth, 1976). Por esto, en este apartado nos interesa analizar cómo en las interacciones sociales cotidianas en el espacio urbano se reproducen, legitiman y/o cuestionan los límites sociales y simbólicos que estructuran la vida cotidiana de los sectores populares.

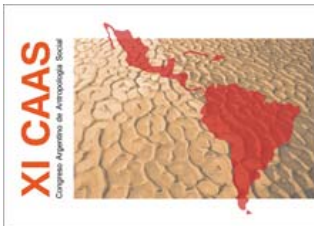


En tanto el espacio construido constituye una clave de lectura del espacio social, el estigma territorial constituye un límite simbólico que carga negativamente un espacio residencial y opera un desplazamiento desde un tipo de hábitat o vivienda hacia un tipo de persona (de la “villa” a los “villeros”), estereotipando a sus residentes, reduciendo sus posibilidades de aceptación por parte de los demás e impactando en las opciones de participación en las distintas instancias de la vida social (Wacquant, 2009). Se trata de un conjunto de discursos y prácticas discriminatorias que tanto “desde abajo” (entre habitantes) como “desde arriba” (medios masivos, agencias estatales) influyen en las políticas urbanas que intervienen diferencialmente en las distintas zonas de la ciudad, en las prácticas espaciales de los habitantes de la ciudad que evitan los espacios estigmatizados y en la experiencia cotidiana de los residentes de dichos espacios tanto en el barrio como en distintos ámbitos de la vida social como la escuela, el hospital, el trabajo y el espacio público.

15

Mientras en la década de 1990, en el momento más agudo del impacto del neoliberalismo en Argentina, la totalidad de los habitantes de los barrios populares estaban sumidos en el desempleo o el subempleo y los viejos dormitorios obreros devinieron espacios comunitarios de la desocupación (Cerruti y Grimson, 2005), lo que dio lugar a la hipótesis de la territorialización de los sectores populares urbanos (Merklen, 2005; Svampa, 2005), a partir de 2003 la reactivación económica y la recuperación de puestos de trabajo supusieron una intensa movilidad urbana cotidiana por parte de los habitantes de los espacios segregados. Precisamente en estos desplazamientos cotidianos por la ciudad fue posible observar una marcación negativa que acompaña a los residentes de barrios populares en los diversos espacios de interacción social, sumando desventajas adicionales en las oportunidades laborales, el acceso a servicios y a otros bienes socialmente valorados, a las que ya experimentan por el lugar en el que residen (Kessler, 2012).

En el imaginario de la ciudad Altos de San Lorenzo es un espacio estigmatizado. Ubicado en la periferia pobre de la ciudad, alejado de los circuitos cotidianos de la mayoría de los habitantes, atravesado por la pobreza y asociado con la criminalidad y



los asentamientos, constituye un punto de referencia en cierta geografía simbólica que regula prácticas, significaciones y afectos en la ciudad. En la dinámica urbana cotidiana, los residentes en el sector 1 intentan desmarcarse de tales señalamientos negativos. Domingo edita una revista bimestral de distribución gratuita, financiada con publicidad de comercios barriales, con la cual busca revertir el estigma territorial:

“queremos colaborar con lo bueno del barrio, buscamos apoyar los emprendimientos buenos del barrio. Queremos mostrar lo que no sale en los diarios. Siempre que salimos en los diarios es en policiales. Yo hace 60 años que vivo en el barrio y cuando digo que vivo en Altos de San Lorenzo la gente se asusta, te mira con una cara rara. Y lo cierto es que en el centro hay más robos que acá”.

Asimismo, muchos de los residentes de este sector de la periferia establecen un fuerte clivaje con los asentamientos, desplazando el estigma a quienes allí habitan. Gabriela relata que cuando dice “vivo fuera del casco urbano” las personas la miran extrañadas y le preguntan ¿en Altos de San Lorenzo?:

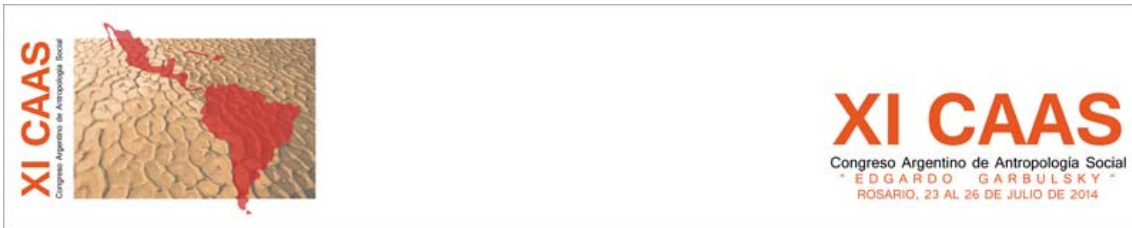
“Sí, en Altos de San Lorenzo, lo digo con orgullo, a mí no me molesta vivir acá y a veces he escuchado a gente decir... se escucha más Altos de San Lorenzo por los problemas delictivos que por las obras en sí y yo digo, bueno, pero en Altos de San Lorenzo vive gente buena también. Como que nos relacionan con el delito y todo eso, entonces yo digo, vive gente buena, vivo yo, (risas) desde siempre”.

16

En la respuesta de Gabriela se evidencia su esfuerzo por cuestionar la habitual asociación lineal entre determinado espacio y determinado tipo de gente. Se trata, sin embargo, de un cuestionamiento parcial del estigma territorial que recae sobre la zona (“acá hay gente buena también”), apelando a la descalificación lateral y al distanciamiento mutuo entre los vecinos, que no anula el estigma sino que lo desplaza a los residentes de los asentamientos.

Los residentes de los asentamientos, entonces, padecen una doble marcación: en el cotidiano barrial (como mostramos en la sección anterior) así como en diversas instancias de la vida urbana. Hablando sobre *su* barrio Ester, migrante boliviana, señala que

“Los del centro a nosotros nos dicen *villeros* y en la escuela a mi hija le decían villera. Porque a ella le decían “¿dónde vivís?”, “en la 90”. “¡Ah! esta es villera, *negrita villera*”. Nos ven como eso acá. Aparte este lugar, la 90, está re-contra quemado porque incendiaron autos, robaron autos y todos los autos venían a esta calle, entonces como que está quemado, ni los remises, ni los autos quieren entrar a este lugar, ni los taxis. La mayoría de la gente no quiere, “no” dice “a la 90 no vamos, es peligrosa”.



En una dirección similar Aurora relata que durante una capacitación en un comedor del barrio, una de las talleristas se refería a los chicos como “los del barrio, los negritos” y ella le dijo

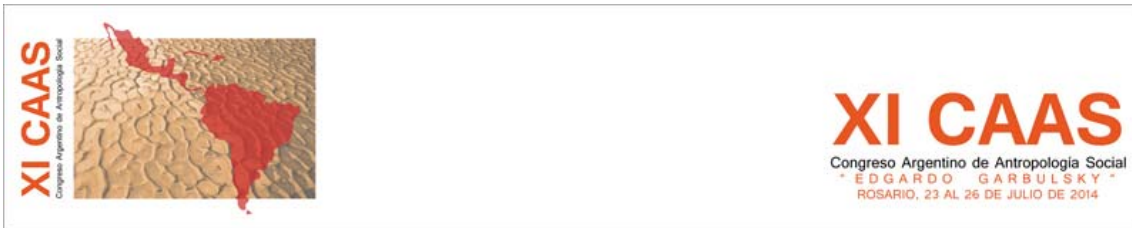
“se equivoca, porque muchas veces puede haber negritos y muchos maleducados pero no hace falta tener plata y vivir en el centro para ser educado”. Muchos lo piensan así, igual que en las charlas en el San Juan de Dios, donde una doctora dijo “los mocosos del barrio” cuando hablábamos de las adicciones, yo digo, “no hace falta ser del barrio para ser adicto”.

De esta maneta, el estigma impacta tanto en la circulación cotidiana por la ciudad como en los bienes y servicios a los que puede acceder el barrio. Además, como muestran las experiencias relatadas por Ester y Aurora, la estigmatización no es solamente territorial: el acceso desigual a la ciudad se articula y combina con dimensiones étnicas y raciales, recordándonos la tendencia a la *racialización* tanto de las relaciones de clase (Margulis, 1998) como de los espacios residenciales populares (Auyero, 2001). En esta dirección Daniel cuenta que

“hay dos o tres compañeras que están independizándose, quieren hacer su vida, salen a buscar trabajo, salen al centro y ahí cuentan ellas que como son *morochitas*, las hicieron al costado y agarraron a otra más blanca, ¿entendés? Se sentían muy mal estas chicas porque habían sido despreciadas. Donde se ve un trabajo que lo puede hacer cualquiera, eligen a gente sin experiencia y más blancos”.

Esta situación se agrava con los habituales controles discrecionales que realiza la policía a los residentes del barrio. Durante el trabajo de campo, en un contexto de creciente preocupación pública por la inseguridad urbana y de refuerzo de los estereotipos de clase (Kessler, 2009), era habitual ver un puesto de la policía localizado en la intersección de las avenidas 72 y 19, principal vía de entrada y salida de los asentamientos. Se trataba de una verdadera “aduanas urbana” que controlaba los flujos y los desplazamientos de las personas entre el casco urbano y la periferia. Este cotidiano rol de aduanero por parte de la policía con las personas que habitan el barrio es remarcado por Mónica:

“La policía cuando te ve que vos andás bien cambiadito, venís bien, o venís de otro lado y venís cambiado, no te hinchan para nada. Pero te digo porque a mí me ha pasado en la 90, cuando venís de trabajar, te hinchan las pelotas, te piden documentos, que ¿de dónde venís?, que ¿dónde trabajás? Yo muchas veces le tenía que mandar a la mujer policía que se vaya al diablo (Risas). A mí me han parado varias veces pidiéndome el documento y a mi marido lo han llevado un par de veces, cuando volvía de trabajar”.



Además de este control en las inmediaciones del barrio, en el espacio público el estigma territorial también se activa. Como relata Daniel: “cuando la policía te pregunta de dónde sos y vos le decís de Puente de Fierro [nombre de uno de los asentamientos], listo, para ellos ahí están todos los malandras”. Cansado de esta situación, Daniel aprendió a responder a los interrogatorios policiales callejeros.

Daniel: Después uno va tomando experiencia y le cambiaba la dirección a ver qué es lo que pasaba

Ramiro: ¿Y qué le decías?

Daniel: En vez de decirle Puente de Fierro, decía “calle 88 entre 28 y 29”. Entonces ¿qué hace el policía? Piensa, dice “¿adónde queda?”. Como que se pierde.

La anécdota es reveladora. El cambio en los criterios de referencia y localización, desde el nombre propio estigmatizado (Puente de Fierro) a la racionalización del espacio propio de los criterios abstractos de la grilla fundacional de la ciudad le permiten, al menos situacionalmente, desmarcarse. A la vez, es una muestra más de que la mayoría de las personas que habitan la ciudad desconocen la ubicación precisa del barrio, lo que no impide que en general continúen reproduciendo el estigma.

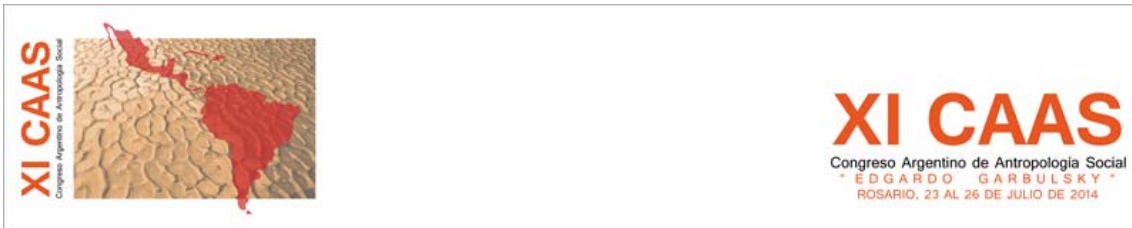
18

De esta manera, además de los obstáculos económicos y geográficos, los residentes en los asentamientos son objeto de la estigmatización cotidiana en múltiples ámbitos de la vida social (trabajo, educación, salud, políticas sociales) y en la circulación por los espacios transicionales entre el barrio y la ciudad, instancias de interacción donde se reproduce la distancia y la separación.

Esta tendencia se exagera en el caso de los jóvenes de la periferia. Estos *no tienen lugar*, ni en el barrio ni en la ciudad, pues como señala Saraví (2004) muchos se encuentran fuera de la escuela (los índices de deserción escolar son elevados), fuera de la casa (espacio de los adultos, generalmente de pequeñas dimensiones) y fuera del mercado laboral (con la excepción de changas esporádicas en el sector informal).⁵

Carecen de espacios propios, no están en la escuela, ni en el mercado de trabajo, la casa no es suya. Y también les es difícil circular por la ciudad, pues es entre ellos

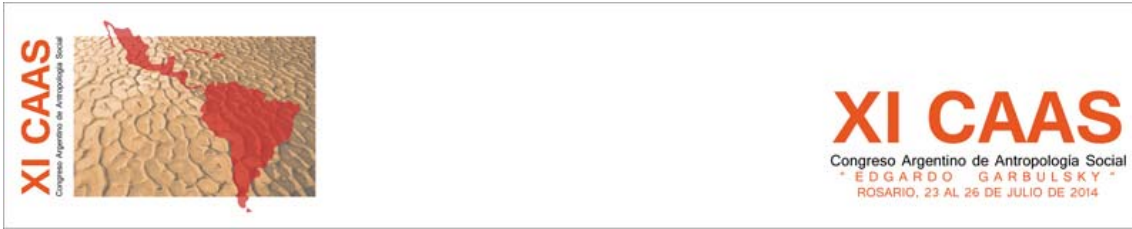
⁵ De los 104 chicos y chicas del barrio Puente de Fierro menores de 19 años que durante el año 2008 participaron de un programa del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, 47% asistía regularmente a la escuela, 18% asistía irregularmente, 9% no concurría hacía menos de un año y 26 % había abandonado. El 45% estaba o había estado vinculado a actividades delictivas y el 47% permanecía en las esquinas o deambulando en el barrio la mayor parte del día.



donde el estigma territorial recae con más fuerza y reduce sus perspectivas de accesibilidad y circulación por el espacio urbano.

Como relataba Marta, madre de tres hijos, “no pueden ir al centro porque los tienen identificados, la policía les pregunta dónde viven, los levantan y los llevan”, y en la misma dirección -y remarcando una diferencia de género- la maestra de una escuela del barrio contaba que “cuando les digo que vamos a ir al centro los chicos dicen que no, las chicas quieren ir, pero los chicos directamente dicen que no porque son discriminados”. Nos encontramos ante el *relato de la estigmatización* (Kessler, 2009), relato de la inseguridad sostenido fundamentalmente por aquellos jóvenes (y sus madres) que siendo habitualmente señalados como peligrosos y victimarios, narran la vivencia cotidiana del estigma en el barrio, en el espacio público y el maltrato de la policía. En este contexto, la ocupación de esquinas y descampados que tanto temor genera en otros residentes del barrio, lejos de hablar de una apropiación y dominio juvenil del espacio barrial, señala el repliegue hacia el único lugar y tiempo disponibles. Y es esa práctica la que genera temor entre los adultos y se transforma en un punto de discusión y disenso entre las diversas organizaciones sociales y políticas del barrio en cuanto a qué hacer con los jóvenes.

De esta manera, el estigma territorial que recae sobre los residentes del barrio presenta un doble efecto. Por un lado, “hacia afuera”, en relación con el resto la ciudad, refuerza el límite y la separación. El estigma territorial naturaliza una geografía urbana desigual, deslegitima las demandas de los residentes de espacios estigmatizados y desincentiva la accesibilidad a bienes y servicios públicos como la salud y el transporte así como la circulación del resto de los habitantes de la ciudad por tales espacios. Esta dimensión simbólica de la desigualdad socio-espacial, de manera conjunta con los obstáculos económicos (falta de dinero) y geográficos (grandes distancias, malos y caros transportes), propicia una circulación restringida de los residentes de la periferia por la ciudad. En efecto, la mayor parte de los desplazamientos son instrumentales (Grimson, 2009), se sale por algo puntual y específico (trabajo, trámites burocráticos, ir al hospital o a la escuela) y el resto de la vida cotidiana se circunscribe al espacio barrial. Así, más



allá de las modulaciones específicas vinculadas a la relación con el mercado de trabajo, el género y la edad, la ecuación “recursos hacia afuera, vínculos hacia adentro” condensa la experiencia contemporánea de los sectores populares en la RMBA (Segura, 2009b, 2012).

Por otro lado, “hacia adentro”, en relación con la vida barrial, el estigma potencia la conflictividad interna, estimula la evitación mutua y la desconfianza interpersonal, colaborando de este modo en la producción de la realidad (violenta, insegura) que nombra. En efecto, en el intento por cuestionar, desmarcarse o evitar los efectos del estigma se observa un recursivo proceso de diferenciación lateral: de la marcación negativa de la periferia como un todo hacia la marcación de los habitantes de los asentamientos, y de estos hacia los migrantes limítrofes y/o hacia los jóvenes varones, entre otras marcaciones internas que (re)producen discursos dominantes. De esta manera, el estigma progresivamente tiende hacia la “disolución del lugar” y la “erosión de los terrenos de apoyo” (Wacquant, 2009) de los espacios donde, sintomática y paradójicamente, los sectores populares construyen su sociabilidad cotidiana.

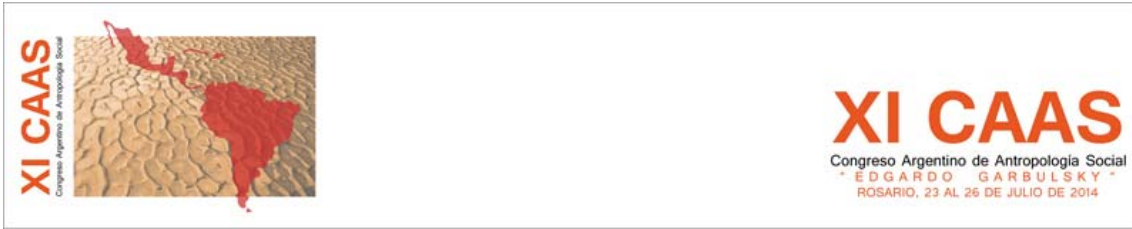
20

Conclusiones: el espacio y la legitimación de la desigualdad

El espacio constituye una categoría básica de la existencia humana sobre la que rara vez discutimos su significado. Si bien se trata de un producto humano, características distintivas como la dirección, el área, la forma, el diseño, el volumen y la distancia llevan a tratarlo habitualmente como un atributo esencial de las cosas (Harvey, 1998), adquiriendo “a los ojos de todos aquellos que lo disfrutan la inmutable razón de ser de los hechos de la naturaleza” (Signorelli, 1999: 57).

Todo poder pretende estar fundado en la naturaleza y, en consecuencia, todo poder busca naturalizar un orden social contingente. Precisamente por esto el espacio construido constituye “uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder, y sin duda en la forma más sutil, el de la violencia simbólica como violencia inadvertida” (Bourdieu, 2002: 122).

En este artículo buscamos desentrañar el modo en que el espacio urbano legitima una configuración socio-espacial desigual, algo que dista de ser mecánico o automático. En



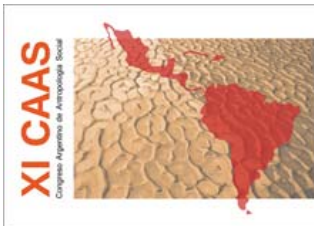
este sentido señalamos que “centro” y “periferia, “adentro” y afuera”, “barrio” y “asentamiento”, entre otras categorías, remiten menos a tipologías edilicias que a una lógica clasificatoria de espacios y personas basada en las relaciones sociales existentes. A la vez, debemos reconocer que el espacio socialmente construido no es secundario o ulterior a las relaciones sociales, ni tan solo escenario de las mismas, sino constitutivo de ellas. El espacio es una prolongación de las propias personas (Ingold 2000), que se ven a sí mismas y a los demás siendo del centro o la periferia, del barrio o del asentamiento, localizaciones socialmente cargadas de sentidos vinculados con la clase social, la nacionalidad, las conductas y la moral, entre otras.

De esta manera, los límites sociales objetivados en la distribución y acceso desigual a la ciudad se incorporan como clave de lectura del espacio social, aunque con valías cambiantes. En efecto, antes que mecánica, la relación entre límites sociales y límites simbólicos es disputada, pudiendo tender los límites simbólicos a reforzar como a cuestionar los límites sociales. Sin embargo, el hecho que no haya articulación plena ni estable entre límites sociales y límites simbólicos no supone una total autonomía entre ambos. El análisis de los estigmas territoriales -y la diferenciación lateral como mecanismo que parcialmente buscar impugnar el estigma, desplazándolo a otros actores y espacios- nos muestra las limitaciones de la impugnación en el contexto estudiado.

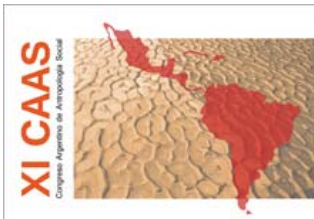
Por otro lado, la proliferación de estigmas en diversos ámbitos e instancias de la vida urbana en un contexto de recuperación económica, reducción de las desigualdades de ingreso y consecuente incremento de la movilidad urbana cotidiana de los sectores populares abre interrogantes acerca de los niveles de legitimidad social de la desigualdad o, para decirlo de otro modo, de los grados de tolerancia o intolerancia a la igualdad.

Bibliografía

- Auyero, Javier (2001). “Introducción. Claves para pensar la marginación”, en *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial, pp. 9-31.
- Auyero, Javier y Swistun, Débora (2008). *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*, Buenos Aires, Paidós.



- Barros, José Márcio (2005). *Cultura e Comunicação nas avenidas de contorno em Belo Horizonte e La Plata*, Belo Horizonte, Editora PUCMINAS.
- Barth, Fredrik (1976). "Introducción", en *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, FCE, pp. 9-49.
- Bonaldi, Pablo y Del Cueto, Carla (2009) "Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno", en *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 103-128.
- Bourdieu, Pierre (2002). "Efecto de lugar", en *La miseria del mundo*. México, FCE, pp. 119-124.
- Caldeira, Teresa (1984). *A política dos outros. O cotidiano dos moradores da periferia e o que pensan do poder e dos poderosos*, San Pablo, Editora Brasiliense.
- Cerruti, Marcela y Grimson Alejandro (2005). "Buenos Aires, neoliberalismo y después", en *Ciudades Latinoamericanas*, Buenos Aires, Prometeo, pp.75-147.
- Ciccolella, Pablo (2011). *Metrópolis latinoamericanas. Más allá de la globalización*, Quito, OLACCHI.
- Ciccolella, Pablo y Baer, Luis (2011). "Buenos Aires tras la crisis ¿Hacia una metrópoli más integradora o más excluyente?", en *Metrópolis latinoamericanas: más allá de la globalización*, Quito, OLACCHI, pp. 213-245.
- Cravino, María Cristina; Duarte, Juan; y Río, Juan del (2008). "Un acercamiento a la dimensión cuantitativa de los asentamientos y villas del Área Metropolitana de Buenos Aires", en *Los mil barrios informales del Área Metropolitana de Buenos Aires*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, pp. 87-152.
- Elias, Norbert y Scotson, John (2000). *Os Estabelecidos e os Outsiders*, Río de Janeiro, Jorge Zahar Editor.
- Fernández Wagner, Raúl (2008). *Democracia y ciudad. Procesos y políticas urbanas en las ciudades argentinas (1983-2008)*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Garnier, Alain (1992). *El cuadrado roto. Sueños y realidades de La Plata*, La Plata, LINTA, CIC y Municipalidad de La Plata.
- Gasparini, Leonardo y Cruces, Guillermo (2011). "Una distribución en movimiento. El caso de Argentina", en *La disminución de la desigualdad en la América Latina ¿Un decenio de progreso?*, México, Fondo de Cultura Económico, pp. 147-191.
- Gorelik, Adrián (2011). *Correspondencias. Arquitectura, ciudad, cultura*, Buenos Aires, SCA/Nobuko.
- Grimson, Alejandro (2009). "Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires", en *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 11-38.
- Groisman, Fernando (2008). "Efectos distributivos durante la fase expansiva de Argentina (2002-2007)", *Revista de la CEPAL*, núm. 96, pp. 201-220.
- Harvey, David (1998). *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Herzfeld, Michael (1995). "Hellenism and Occidentalism: The Permutations of Performance in Greek Bourgeois Identity", en *Occidentalism. Images of the west*, Oxford, Clarendon Press, pp. 218-233.
- Ingold, Tim (2000). *The perception of the Environment: Essays of Livelihood, Dwelling and Skill*, London, Routledge.
- Janoschka, Michael (2002). "El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana. Fragmentación y privatización", *Revista EURE*, vol. 28, núm. 85, pp. 11-20.
- Kessler, Gabriel (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Kessler, Gabriel (2012). "Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular", *Espacios en Blanco*, núm. 22, pp. 165-197.
- Lamont, Michele y Molnár, Virag (2002). "The study of boundaries in the social sciences", *Annual review of Sociology*, núm, 28, pp. 167-195.
- López-Calva, Luis y Lustig, Nora (2011). "La disminución de la desigualdad en la América Latina. Cambio tecnológico, educación y democracia", en *La disminución de la desigualdad en la América Latina ¿Un decenio de progreso?*, México, Fondo de Cultura Económico, pp. 11-42.
- Margulis, Mario (1998). "La 'racialización' de las relaciones de clase", en *La Segregación Negada. Cultura y Discriminación Social*, Buenos Aires, Biblos, pp. 37-62.
- Merklen, Denis (2005). *Pobres Ciudadanos*, Buenos Aires, Editorial Gorla.



- Portes, Alejandro y Roberts, Bryan (2005). "Introducción. La ciudad bajo el libre mercado. La urbanización en América Latina durante los años del experimento neoliberal", en *Ciudades latinoamericanas*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 19-74.
- Prévot-Schapira, Marie-France (2001) "Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades", *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 19, pp. 33-56.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD 2009). *Segregación residencial en Argentina. Aportes para el desarrollo humano en Argentina/2009*, Buenos Aires, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Saraví, Gonzalo (2004). "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en contexto de pobreza estructural", *Revista de la CEPAL*, núm. 83, pp. 33-48.
- Saraví, Gonzalo (2008). "Mundos aislados. Segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México", *Revista EURE*, vol. 34, núm. 103, pp. 93-110.
- Segura, Ramiro (2009a). "La persistencia de la forma (y sus omisiones). Un estudio del espacio urbano de La Plata a través de sus ciudades análogas", *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 30, pp. 173-197.
- Segura, Ramiro (2009b). "Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires", en *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo, pp. 41-62.
- Segura, Ramiro (2011). "La trama relacional de la periferia urbana en la ciudad de La Plata. La figuración establecidos-outsiders revisitada", *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, núm. 10, pp. 85-106.
- Segura, Ramiro (2012). "Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en el periferia de La Plata", *Quid 16*, núm. 2, pp.106-132.
- Segura, Ramiro (2014). "El espacio urbano y la (re) producción de desigualdades sociales. Desacoples entre distribución del ingreso y patrones de urbanización en ciudades latinoamericanas", *Working Paper Series*, núm. 65.
- Signorelli, Amalia (1999). *Antropología urbana*, México, ANTHROPOS.
- Silva, Armando (2000). *Imaginario Urbano*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- Svampa, Maristella (2005). *La sociedad excluyente*, Buenos Aires, Taurus.
- Thuillier, Guy (2005). "El impacto socio-espacial de las urbanizaciones cerradas. El caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires", *Revista EURE*, vol. 31, núm. 93, pp. 5-20.
- Wacquant, Loïc (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Wacquant, Loïc (2009). "La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada", *Renglones*, núm. 60, marzo-agosto, pp. 16-22.
- Wacquant, Loïc (2013). "Marginality, Ethnicity and Penalty in the Neoliberal City: An Analytic Cartography", *Ethnic & Racial Studies Review*.